

LOS ARTISTAS ASOCIADOS

PRESENTAN

**EL SELLO DE CARDI
BETTY BLYTHE**

Producción REX BEACH

PARODIA DE

**Los Tres Mosqueteros
por MAX LINDER**

Mary Pickford Douglas Fairbanks

**UNITED
ARTISTS**

Charlie Chaplin D. W. Griffith

Rambía de Cataluña, 62-BARCELONA
Telegramas "Utartistu"-Telef. 667-G

**La Novela Semanal
Cinematográfica**

N.º 16

25 cts.



por

Carolina

FLOR DE AMOR

**Dempster
Filmoteca**

de Catalunya

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Redacción } Gran Vía Layetana, 17
Administración } Teléfono 4423-A
BARCELONA

AÑO II

N.º XVI

FLOR DE AMOR

Interesante película dramática según argu-
mento del eminente autor

D. W. GRIFFITH

PROTAGONISTA: CAROLINA DEMPSTER

Tomás Bevan cometió en su juventud una falta grave, y para hacerla olvidar, y al mismo tiempo redimirse del pasado, fué á habitar en una isla de los trópicos, lejos, muy lejos del lugar donde tuvo una hora mala.

Si en su triste cautiverio Tomás hallaba la calma para su conciencia, por el contrario, su esposa en segundas nupcias, Clara, añoraba irresistiblemente la vida bulliciosa y cada día iba en aumento su aversión hacia los seres que la rodeaban, que se reducían á su marido y á la hija de éste, su hijastra, que, tratada con habitual despego y hasta con injustificada

crueldad, sólo encontraba consuelo en el cariño de su padre.

Como la flor de su nombre, Margarita abría sus pétalos bajo el sol tropical libertando por ellos á su alma tierna como su delicada corola.

Las ansias que tenía la niña por lo que se siente sin haberlo conocido nunca, eran ciertamente naturales y consecuentes con la falta del calor de su madre, que la Pálida le arrebatara en sus primeros años. Los jilgueros, con su prodigalidad de alegres trinos, parecían querer arrastrarla en su dicha; mas cuando huían de su lado para llevar su consuelo á otros lugares, la gentil Margarita perdía su lozanía por el resto de la jornada. A pesar de haber abandonado la gran ciudad cuando apenas contaba 7 años, Margot tenía gravada en su pensamiento la magnificencia de la vida en aquel mundo meridional. Pero no se lamentaba del cambio que por graves circunstancias había tenido que hacer, toda vez que sabía feliz y libre de hondas preocupaciones á su querido padre.

Cierta tarde, Tomás Bevan habló de sobremesa con su esposa de los próximos negocios que hacía concebir una carta recibida por la mañana. Probablemente, con un poco de fortuna en resolver el asunto, realizaría varias operaciones muy productivas.

Clara, cuyo carácter ya de por sí impulsivo hasta exagerar la nota, se había agriado como consecuencia funesta del tedio producido por la monotonía de la existencia tranquila, ignorada, que su esposo la obligaba á llevar, le

repetió entonces una vez más que él debía poner más actividad en ganar dinero para que pudieran abandonar el rincón aislado del mundo en el que se malgastaban sus vidas.

Tomás, por fortuna la antítesis del genio de su compañera, y bajo el peso del recuerdo de lo que inevitablemente resurge por efecto de la más leve alusión, no la reconvinó por sus deseos de expansión fuera del hogar que él y su hija trataban de dulcificar.

El malhumor de la descontentadiza y vanidosa mujer también hizo mella en la inocente satisfacción que Margarita sentía jugando con su propia sombra, pues la detuvo en su ingenua diversión—la única que tenía—diciéndola con severidad desatinada que se guardara de volver á jugar como una idiota. Herida en su más íntima susceptibilidad, la niña fué á esconder su amargura junto al rosal de sus ilusiones.

La aparición de su padre en el jardín, despejó completamente la tristeza de Margarita que fué á acojerse á su verdadero cariño.

—¿A dónde vas, papaito?

—Voy á un asunto que nos interesa á todos.

—¡Oh, oh! Negocios en puerta. Yo quiero ser tu secretaria y así podré ir contigo á todas partes ¿eh?

—No, hija mía; quédate en casa. No tardaré en regresar.... Anda, no insistas, mujer. He de buscar todavía una fórmula que pueda decidir el éxito de mis propósitos y la iré pensando durante el camino.

—Puesto que no lo quieres *renuncio* á acompañarte. No te entretengas por ahí, papaito,

que he de contarte muchas cosas.

—Adiós, hasta luego.

Margarita, *modelo de obediencia* cuando se trataba de complacer á toda costa á su padre, no estuvo conforme en dejarlo marchar solo al pueblo, y de puntillas fué tras él hasta las afueras de su casa, descubriéndole su presencia tosiéndole en la espalda.

—Eso no está bien, Margot; debías acatar mi voluntad. La desobediencia no es propia de muchachas de tu condición.

—Eso es un error tuyo, papá. Mi condición sería lamentable si no me permitieras rebelarme contra tus mandatos cuando estos son de la índole del de hace un instante. Sin tí, padre, bien sabes que no habria ningún aliciente en el mundo para mí.

—¡Hija mia! Tú sí que me quieres.

—Ea, pues, déjame ir contigo á donde quiera que vayas y te querré aún más.

—¡Cualquiera te niega á tí algo con esa condición! Conque dame el brazo y cuéntame esas cosas que has de decirme.

Así, como dos enamorados, padre é hija atravesaron bosques seculares de la tórrida isla, y llegaron al pueblo.

Un encuentro inesperado é intempestivo vino á turbar la calma del espíritu de Tomás Bevan: era la realidad del pasado representado en Crane, detective sagaz, que volvía á torturarle la conciencia.

Tomás, presintiendo una ineludible explicación con Crane, alejó discretamente á Margarita de su lado.

—Bien, Bevan—le dijo el detective, asombra-

do de tal encuentro— Espero que, conforme me lo prometió, se habrá regenerado totalmente.

—En efecto. Largos años de perseverancia en el trabajo han logrado expiar mi falta.... Aquel famoso cheque...: Pero... se lo ruego, señor Crane, no evoque usted el recuerdo de un momento torpe que ahora me avergüenza.

—Si su conducta de hoy es honrada, he de olvidar la de ayer y no me meteré desde luego con usted.

—No tendrá usted ocasión de molestarse más por mí, señor Crane.

*
**

La resolución definitiva de los negocios en perspectiva reclamaron la presencia de Tomás en el interior de la isla. Y decidió partir por algunos días.

Contrariamente á su costumbre, Clara puso cierta demostración de cariño al despedirse de su esposo y la molestó que su hijastra, la gentil Margarita, llorase porque su padre, únicamente por economía, no se la llevaba consigo.

Durante las ausencias del esposo, Clara frecuentaba intimidades que poco la enaltecían.

Prevenido por la infiel, un hombre, su amante, se hallaba escondido en el jardín esperando una señal para introducirse en la casa.

Apenas salido su esposo, Clara agitó un pañuelo desde la ventana del salón y el hombre oculto penetró en él.

Esta escena fué presenciada por un criado de Tomás, el cual había sido también testigo de otras análogas. Al fin, considerando que la nobleza con que procedía con ellos Bevan le hacía acreedor á que se interesaran por su vida y por su hacienda, el criado le salió al encuentro cuando ya se hallaba algo lejos, y, sin revelarle repentinamente lo que acababa de ver, le dijo que durante sus cortas ausencias un visitante se veía á menudo con la señora.

Tomás no quiso dar importancia á lo que consideró en un principio simplezas propias del estrecho espíritu de los indígenas, y prosiguió su camino. Pero luego la duda de si debía ó no dar crédito á las advertencias del criado vino á acicatearle el amor propio de tal manera que, estimando más importante su buen nombre que el interés de un negocio, regresó á su casa.

Los amantes se hallaban entregados á sus protestas de amor de pecado, y no advirtieron el regreso de Tomás siquiera.

La deshonrosa realidad hizo perder el juicio á Tomás. Brutalmente humillado, increpó al miserable.

—¡Salga usted de aquí!

—Si—contestó este provocativo—pero no solo.

Tomás se abalanzó sobre el canalla para arrojarle de su casa, mas éste empuñó un revólver que disparó repetidas veces con la intención de matarlo.

El ruido de los disparos rompió la calma proverbial de aquellos lugares.

Durante la lucha horrible y sin tregua se

oyó un grito de desesperación á la par que caía pesadamente al suelo el cuerpo del amante.

Tomás, ebrio por el ardor de la pelea, seguía diciendo:

—¡Salga usted, le digo!

Mas esta vez la respuesta fué pronunciada por Clara, loca de terror:

—¡Lo has matado! ¡criminal!.... ¡Te detesto!.... ¡Te odio!!

Tomás, asustado, rechazó esta falsa acusación, invocando la clemencia del cielo:

—¡Yo no lo he matado!.... ¡Se ha matado él mismo!

Margarita, que había acudido al ruido de los disparos, y presenciando el trágico final de la despiadada lucha de los dos hombres, temblaba sin poder hacer el menor movimiento.

Su padre, abandonado á su desgracia, la vió y la tendió sus brazos, exclamando:

—¡Créeme, hija mía, se ha matado él mismo!

Margarita permaneció como clavada en el suelo y miraba con terror á su padre. Algo sobrenatural pasaba por la mente de la niña, ¿su padre era un criminal?

Tomás siguió implorando el apoyo de su hija:

—¡Hija mía, Dios sabe que mis manos no se han manchado con la sangre de un homicidio!

Esta vez, Margarita, serenándose y poniendo sobre todos los prejuicios la inocencia de su padre, se arrojó á sus brazos llorando amargamente, mientras la infiel seguía, como alocada, gimiendo sobre el cuerpo inerte de su amante.

Temiendo que su pasado le haga imposible

ser creído y absuelto por la justicia, Bevan decide huir con su hija *que quiere correr su misma suerte*.

A la puerta de su casa, Tomás Bevan se tropieza con Crane que contrariamente a su costumbre de actividad constante caminaba errante por el pueblo.



—¡Yo no lo he matado!...

—¿Sale usted de viaje, Bevan?—le preguntó el policía, viéndole llevar una maleta en la mano.

—Sí, me marchó para un negocio urgente.

Alejado de Crane, Tomás y su hija contratan en el puerto una canoa automóvil, á fin de

alcanzar un vapor que se dirigía hacia la América del Sur.

Pero mientras éstos hacían los preparativos de la fuga, Crane enterado por los criados que habían oído los disparos hechos durante la rápida lucha, de lo ocurrido en casa de Tomás, acudió al lugar del crimen y la misma esposa, la adúltera, acusó á su inocente marido del asesinato, sin motivo alguno, de su amante.

Y Crane, diligente, se aprestó á la persecución y captura del supuesto homicida.

Para hacer fallar el plan del detective, Tomás le sorprendió á la vuelta de una esquina, á pocos pasos del muelle, apuntándole su revólver sobre el pecho hasta llegar al embarcadero, consiguiendo desaparecer de su vista á toda velocidad en la gasolinera, ante la natural estupefacción del burlado policía que mostraba el puño á los fugitivos en señal de fiera venganza.

—Encontraré á usted, Bevan, aunque se cobije en el más escondido rincón del mundo,—le había dicho.

Y cumpliría su palabra.

*
**

Llegados á tiempo para embarcar en el vapor que zarpaba aquel mismo día para lejanas tierras, Tomás Bevan y Margarita navegaron hacia el Sur.

Entretanto, por su parte, Crane daba la noti-

cia de la huida del asesino, y la afiliación; de los dos fugitivos se comunicó a los centros policíacos de todas partes. En todos los ficheros de la justicia se añadió una ficha con una copia de la fotografía del *criminal* con su hija como cómplice.

*
**

Tres años después. En la otra parte del mundo, en una isla del Pacífico, tranquila, perdida en la inmensidad de los mares.

Tomás Bevan y su hija han encontrado este refugio apacible que los pone al abrigo de las pesquisas de la policía.

A fuerza de trabajo y de firme voluntad, Tomás se ha construido él mismo la casita que lo cobija con su Margot y un fiel indígena que les hace las veces de criado y amigo. El jardín que rodeaba la vivienda de los desterrados producía en abundancia los frutos cuyas simientes la perseverancia y tesón de los fugitivos habían introducido en sus entrañas. No carecían pues de nada para consuelo del cuerpo ni tampoco de lo necesario para tranquilidad del espíritu. Para lo primero, la naturaleza era complaciente; para lo demás, la mutua convergencia de sentimientos en un punto único, olvido del pasado y del presente, resignándose y complaciéndose en la suerte que les había deparado el destino, era suficiente para que en su retirada existencia no hubiera sombras.

La sola distracción que les era permitida en aquel lugar apartado, consistía en sumergir sus cuerpos en el agua, que lamía la base de las escarpadas rocas de la isla.

Además del placer que les proporcionaba este higiénico ejercicio, había también el interés de las apuestas que se cruzaban entre los dos *anacoretas* sobre la resistencia física de ambos para permanecer debajo del agua. Margarita tomaba cada día mayor gusto a este deporte en el que se había puesto al mismo nivel de su padre, un *anfíbio humano* por espacio de tres minutos.

A pesar de sus deseos de poner un muro en sí para enterrar la visión de lo que existía fuera de su retiro, Margarita no podía arrojar de sí ciertos pensamientos que se formaban en su imaginación de joven en flor. Las brisas candentes atizaban aún más el fuego de la ilusión por tener tratos con hombres de su raza, que no había vuelto a ver desde el día de la funesta desgracia.

Conjuntamente con el cariño de su padre, Margarita se mecía en la dulzura que la embargaba el alma, acariciando a su simpática prole, compuesta de un gatito obediente y una cabritilla sumisa, que hacía dormir sobre su regazo. Era el corazón de niña que despertaba a los grandes sentimientos maternos.

Cierto día, un joven amante de aventuras por sport, de nombre Oscar, llegó a los contornos de la isla procedente del puerto a algunas millas de ella.

Embriagado por la pureza del aire matinal y atraído por el aspecto salvaje de la isla, Os-

car imaginóse haber descubierto un nuevo paraíso.

Paralelamente á la llegada de Oscar á la isla, Crane, el detective del Gobierno Americano, lanzado á la persecución de Tomás y su hija, cuya pista le habia conducido sin éxito hasta los trópicos, pensaba hacia qué parte del mundo debia dirigirse para cumplir su venganza. Sentado en la terraza de un café, en el humo de la pipa se esfumaba su despecho por no haber logrado aún descubrir el paradero del primer malhechor que osó burlarse de él en forma tan descarada, pues en su mente se alzaba con firmeza la esperanza de conseguir, tarde ó temprano, el fin que se propuso desde entonces.

Un agente de la policia secreta, puesto á las órdenes de Crane por la Comisaría del lugar, iluminóle con esta información:

—Me he enterado que un blanco vive con su hija acampado en una de las islas desiertas que menudean en estos mares.

Crane instintivamente vió frente á sí á Tomás, implorándole le perdonase, y á Margarita. No cabía duda que eran ellos los que andaba buscando.

*
**

Los sufrimientos y privaciones soportadas por Bevan con heroica resignación y gallarda entereza, aumentaban de día en día el cariño y la admiración de Margarita hacia él.

—Pobre padre mio — pensaba para sí Margot—¡Cuánto sufre! ¡Cuánto trabaja para que yo no carezca de nada!

Deseosa de ayudarle en todo lo que le fuera posible, Margarita no tenia ciertamente muchos momentos de libertad y uno de éstos era el que empleaba en un pequeño viaje de compras por la isla, único contacto con el mundo exterior indígena.

En camino, trasladándose de un lado á otro de la isla, en su barquichuela, Margarita evoca por la fuerza de la imaginación femenina, la casta ternura de un idilio primitivo. Las aguas la murmuran al oido frases caprichosas que la turban los sentidos. ¿Cómo se llamaba lo que tanto la atraia? ¿qué poder de atracción irresistible era el que la quitaba el alma?

Y al compás del curso de las aguas que unian las márgenes interiores de la isla, se le llenó el alma de dulces ensueños....

Cuando Margarita llegó á destino, los mercaderes no habian llegado todavía y se entretuvo cortando algunas flores silvestres de maravillosa belleza y fragancia que crecian en la espesura, mientras aquellos acudian á ofrecer sus mercancías.

Terminadas sus compras, Margarita se disponia á regresar á su casa. El inesperado encuentro con Oscar, que exploraba aquellas intermediaciones, fué inevitable.

El joven quedó extasiado ante la belleza y cándida expresión del rostro de Margot. Ella sintió que algo que habia soñado se volvía real. Y á la ferviente sonrisa de Oscar, Margarita correspondió con otra no menos expresiva.

Mas, de pronto, acordándose de la fatalidad que perseguía á su padre desde hacia algún tiempo, y temerosa de que perdiera la libertad, Margarita desconfió del extranjero, que quizá iba allí para turbar el sosiego de su vida. Y enérgicamente rechazó la afable conversación que Oscar trataba de entablar con ella.

En su gesto desordenado, Margarita dejó caer dos de sus flores, que Oscar recogió, entregándole una de ellas con la misma admiración del primer momento. La otra flor se la pidió con los ojos á Margarita como recuerdo de tan gentil encuentro.

Margarita, luchando con dos sentimientos, el uno apenas nacido que la halagaba y el otro que la mantenía firme en su deber de sacrificarse por la vida de su padre, se alejó apresuradamente del hombre blanco.

Oscar asistió á su precipitada fuga hacia la orilla donde estaba amarrada la barquilla, y sintiendo trascender hasta su corazón el color y fragancia de la flor de Margarita, la besó con la misma suavidad con que hubiera besado la fina cara de la bella niña.

Margarita, considerándose fuera del alcance de Oscar, se detuvo para mirar hacia donde tuvo efecto el encuentro, como si quisiera ver en el aire la franca sonrisa del aparecido. La flor sencilla que éste le habia devuelto la consideró como un tesoro que debía conservar como uno de sus bienes más preciados.

Y acariciando la olorosa florecilla volvió á su casita.

El corazón sencillo de Margot, limpio de inquietudes mundanas, sintióse latir á impulsos

de nuevas emociones. Tomando á su padre por confidente leal, ella le dijo, abrazándole:

—¡Papá, he visto á un hombre blanco!

El relato de la muchacha hizo renacer en el



—¡Papá... he visto á un hombre blanco!...

alma de Bevan su proverbial terror á las persecuciones de la justicia. Y no pudo contener esta pregunta:



El joven quedó extasiado ante la belleza y cándida expresión...

—Ese hombre.... ¿tiene aspecto de detective?

Estas palabras cortaron las ilusiones de Margarita; pero reponiéndose pronto de sus dudas exclamó:

—Si á los hombres se les puede conocer por la cara, yo te aseguro papá que el que he visto me pareció.... bueno.

*
* *

Ocho días después de su aventura, Oscar volvió al puerto en el que, al llegar, trabó conocimiento con Crane que solicitaba á los patronos de embarcaciones que uno de ellos lo condujera á visitar las islas de aquellos alrededores.

Oscar no conocia los propósitos de Crane, y sin recelo, con absoluta buena fé, accedió á la petición que le hizo también personalmente. Y así Crane sirvióse de Oscar para dar alcance á los fugitivos.

Durante este tiempo, en la casita de Tomás, Margarita, cuyo corazón ya no era de niña sino un corazón de mujer, que soñaba en felicidades que tal vez no pudiera nunca alcanzar, preparaba un delicado pastel para festejar á su padre con motivo de su cumpleaños.

Al llegar á la isla donde se suponía vivía el que anhelaba capturar, Crane, para disimular ante Oscar, al que únicamente habíale dicho que iba á cazar raros ejemplares de mariposas que se criaban en ella, fingió hacer tal cosa adentrándose en la isla.

Oscar, no fiándose de la original extravagancia de su pasajero á cuya edad no correspondía este pasatiempo, le siguió á través los bosques.

El padre de Margarita recibía entretanto una gran sorpresa preparada por ella. El dulce elaborado por su hija era magnífico y su nota emotiva la daba el número de pajitas, á guisa de velas, que igual al de sus años surgían de él.

Pero pronto entenebrecióse el cielo de su dicha, pues Crane llegaba en aquel instante.

Tomás y su hija no volvían de su asombro al oír la voz implacable de Crane.

—Tomás Bevan... ¡Queda usted detenido por asesino!

—Logró usted su venganza—gimió el aludido.

Oscar, por su parte, llegado casi al mismo tiempo que Crane, recibió una agradable sorpresa reconociendo en Margot á la linda joven que había visto una semana antes. Pero su estupefacción no fué menor al enterarse de la personalidad y objeto del hombre que había conducido hasta allí con su canoa automóvil. Oscar quería acercarse á Margarita para hablarla, pedirle una explicación y darla otra, no permitiéndoselo Crane.

Margarita estaba dolorida por doble motivo: el infortunio manifiesto de su padre y la persuasión de que el enamorado de sus sueños era un traidor confidente llegado á la isla para entregar á su padre.

Estos cuatro seres entraron en la hasta entonces alegre y tranquila casita para que Cra-

ne se repusiera de su viaje.

El magnífico pastel que en honor del cumpleaños de su padre aderezó Margarita con tan cariñoso cuidado, sirvió para una comida presidida por honda tristeza.

Oscar, dando muestras de gran contento se complacía manifestar en voz alta que ya había encontrado á la señorita que buscaba.

La enconada contestación que Margarita le dió con los ojos desconcertó al vehemente enamorado, que no supo explicarse el motivo de inspirarla tan marcada aversión.

En efecto, á pesar de que aquel joven blanco había conquistado su corazón, por encima de todas las inclinaciones imperaba en Margarita el anhelo supremo de salvar á su padre.

Para ejecutar una idea feliz que se había formado en su espíritu, Margarita se dirigió al lado de la costa donde estaba amarrada la gasolinera de Oscar, y redoblando sus energías arremetió con fiereza contra la embarcación, inutilizándola para impedir que se llevaran á su padre en ella.

En la casita, Oscar, malhumorado por el recibimiento de que había sido objeto por parte de la bella desconocida, preguntó á Crane cuando se marcharian. Este le contestó que lo harían con la marea de la mañana para cumplir sin pérdida de tiempo la misión de entregar á Bevan á la policía.

Rebelándose contra los propósitos de Crane, Oscar le dijo:

—¡No piense usted conducirlo en mi barco! ¡Yo no soy un delator ni un espía!

—Usted me obedecerá ¡voto á mil diablos!

—La canoa es mia y solo yo mando en ella.
¡Vive Cristo!

Tomás, agradecido á la protección que le habia brindado Oscar, mas convencido de la inutilidad de sus esfuerzos, intervino en la cuestión que tomaba mal cariz:

—Es dificultad que no tiene importancia.... Si usted se niega á hacerlo, no faltará quién me conduzca.

*
**

A la mañana siguiente, Crane, Tomás, Oscar y Margarita hicieron los preparativos necesarios para la partida hacia el puerto vecino, intento que no pudo ser realizado porque ¡la canoa había desaparecido!. En la actitud de Crane se revelaba recelo y una gran desconfianza, pero no tuvo más remedio que regresar con los demás á la casita del culpable, dejando una hoguera encendida en lo alto de una roca en señal de demanda de auxilio, para que cualquier buque ó embarcación que cerca de allí pasara fuese á buscarlos.

En su vivienda, Margarita dió cuenta á su padre de la hazaña que realizara para contrarrestar el plan del detective. Y le agregó al oído:

—¡Yo llegaré á todos los medios por salvarte, padre mio!

—¡Hija mia, mi tesoro! ¡Que Dios te proteja! Oscar, que no sospechaba era ella quien habia hecho desaparecer su embarcación, lo cual

también le tenia intranquilo pudo hablar á solas con Margot y la dijo:

—¡Por mi honor la juro que yo ignoraba lo que este hombre vino á hacer aquí!

Mas ella segura de lo contrario le respondió, abofeteándole el rostro:



Tomás, agradecido á la protección que le brindaba Oscar...

—¡Usted es un miserable espía!

Oscar habría contestado á esta grave ofensa si hubiera sido otra persona el ofensor. Se contuvo, pues, en su gesto de cólera, pensando que llegaría el momento en que se sabría la verdad de su casual intervención en el propósito de Crane.



Dos días después, en el puerto vecino, inquietos por la tardanza del detective, sus compañeros policíacos se dispusieron á salir en su busca á bordo de un barco. Mar adentro, las extrañas columnas de humo que percibieron llamaron su atención, dirigiéndose hacia el lugar de donde partían.

Oscar, aprovechándose de la soledad de Margarita ocupada cerca de floridos arbustos á las labores femeninas, la habló de esta manera:

—Ese concepto tan pobre como injusto que tiene usted de mí ¿la decide tal vez á no quererme jamás?

Margarita, menos severa que el primer día, quizá porque la conducta del extranjero le parecía propia de un arrepentido, pero á pesar de ello todavía intransigente en su creencia de que era cómplice de Crane, no quiso constarle.

Oscar, prosiguió:

—Lo único que puedo decir á usted, Margot, es que conservo esta flor desde nuestro primer encuentro.

La flor de amor ejerció sobre Margarita invencibles sugestiones, á cuyo impulso quisiera someterse.... Pero ¿y el sagrado deber que la unía con tan ardoroso empeño á la defensa de su amado padre?

Una vez más fué más fuerte el profundo amor filial que el otro que pugnaba por apoderarse por completo de su alma.

Oscar no obtuvo pues, en esta ocasión, mayor éxito que en las anteriores.

Visiones funestas—el cadalso—entenebreían el espíritu de la joven, alentándola para proseguir en la lucha y, con el intento de librarse del detective, Margarita cobró ánimos para realizar un acto desesperado, arrojando desde la cima de una escarpada colina una piedra enorme en el preciso instante en que Crane pasaba por debajo.

Fallado el golpe y perdida toda esperanza de salvar á su padre, los sueños de amor que sobre Oscar acariciaba Margarita, se desvanecieron de tal suerte, que al volver á ver al joven, que la repitió, ávido de conseguir su simpatía que le daría la felicidad anhelada, que él no tenía ninguna participación en el plan de Crane, le indicó de nuevo que se marchase de su vista.

Unas horas después, hallándose en el baño el detective, Margarita concibió otra idea de su atrevimiento para librarse de su rival.

A tal efecto, se arrojó al agua y apelando á toda su ingeniosidad se deslizó por debajo del agua, agarróse fuertemente á los pies de Crane, que estuvo á punto de perecer ahogado si no reuniera sus fuerzas extraordinarias para salir á flote y volver inmediatamente á tierra.

Oscar que presenciaba la prolongada desaparición de Crane debajo del agua, lo cual le intrigaba, oyó su pavorosa exclamación:

—¡He sentido la garra poderosa de un enorme monstruo marítimo!

Margarita, por su parte, volvió á tierra por el otro lado de la isla y fué á cambiarse pron-

tamente de vestidos, lamentándose de su nuevo fracaso.

Oscar volvió á encontrar á Margarita junto á la orilla del agua. Los dos jóvenes vieron aparecer la barca de Oscar que la marea hacía volver á la costa.



Oscar no obtuvo, pues, en esta ocasión, mayor éxito que en las anteriores.

Ante las muestras de satisfacción dadas por éste, por la recuperación de su canoa, Margarita le confesó su hazaña: y le dijo duramente, dispuesta á jugarse la vida inclusive luchando con él si intentara poner á flote su embarcación en condiciones de navegar.

—Fuí yo quien hizo desaparecer la barca de

usted.... ¡Nunca, nunca conducirá en ella á mi padre!

Oscar, comprendiendo que se le presentaba la ocasión más propicia para demostrar á su amada Margarita que era inocente de cuanto ella le imputaba, cogió un hierro y destrozó su embarcación, que se hundió para siempre en el fondo de los mares. Dirigiéndose á Margarita, después de haber hecho tal gesto, la preguntó:

—¿Después de esto cree usted en mis palabras?

—¡Si, Oscar; creo á usted firmemente. Perdóneme mis infundados recelos!

—¡Margarita!

—¡Oscar!

Sus vidas se sellaron para siempre en un ósculo que, al fin, recompensaba sus ansias.

*
**

Entretanto, la barca de la policía se aproximaba á la isla desde la cual Crane hacía señales. Tomás estaba con él.

—Mi venganza se aproxima, Bevan. ¡Se lo había prometido! Tome usted los gemelos y vea usted mismo esa canoa que viene veloz hacia aquí.

Tomás comprobaba que la hora fatal llegaría sin remedio.

Al reunirse con su hija, exclamó:

—Hija mía, todo está consumado.

Margarita, dispuesta á salvar á su padre recurre á los grandes medios, aunque deba sa-

crificarse ella misma. Y pretende utilizar el puente de construcción primitiva suspendido sobre un abismo. Si á pesar de sus ruegos de que salvase á su padre Crane no la atendía, Margarita lo conduciría sobre el puente que, preparado de antemano, cedería bajo sus pies.

Oscar, ideando una mejor combinación, corrió á avisar á Crane, que estaba á punto de traspasar el puente, que hiciera su equipaje porque el barco de la policía estaba cerca de la costa.

Crane le obedeció y volvió á la casita de Tomás para tomar su maleta. Oscar, que no permanecía inactivo, cortó la salida, encerrándole en aquella.

Reuniéndose con Margarita la dijo que buscase á su padre para que pudieran huir los tres deslizándose en la barquichuela de Margarita por el río.

Mas, antes de que Margarita pudiera hallar á su padre, Crane, libertado por el criado indígena ignorante de todo, le encontró primero y le obligó á seguirle hasta la playa.

Tomás le contestó así:

—¡Como no soy culpable del delito que se me achaca, no me conducirá usted aunque para impedirlo me cueste la vida!

—¡Muerto ó vivo me lo llevaré á usted!

—Eso es lo que vamos á ver en seguida.

Oscar y Margarita tuvieron que asistir á la lucha encarnizada que sostuvieron los dos enemigos sobre las rocas, sin poderles llevar ayuda por lo rápida que fué aquella.

En un falso movimiento, cayeron los dos hombres al agua, de la que salió á poco Crane

en el mismo momento que llegaba la policía en su auxilio.

Margarita, muerta de terror, preguntó á Crane qué había sido de su padre:

—Su padre de usted ha sido sepultado en el fondo del mar—la musitó.

Margarita, se apoyó sobre el cuerpo de Oscar para no desplomarse al suelo desfallecida.

La policía recibió la declaración del detective para transmitir á sus jefes la noticia de la defunción del *malhechor* Tomás Bevan.

Oscar y Margarita fueron perdonados por Crane por las trabas que habían puesto continuamente á la misión de la justicia, y autorizados á abandonar la isla en el barco de la policía.

Margarita, transida de dolor y en vista de que sus titánicos esfuerzos no consiguieron salvar á su padre, se dispuso á alejarse del lugar en que vivió con él dichosa.

Pero he aquí que al volver á la casita, dulce refugio de su cautiverio, un acontecimiento imprevisto llenó de asombro y de alegría á los dos jóvenes: ¡el padre de Margarita se presentaba á ellos, chorreando agua por todas partes!

—¡Oh, padre, padre mio! ¿Es real lo que estoy viendo?

—¡Hija de mi vida! Tu padre vive aún. Logré disimular que me ahogaba para, nadando debajo del agua, salir á flote en el rescoldo de la roca alta.

—¡Oh, gracias, Dios mio!—exclamó Margarita.

Oscar, que participaba abiertamente de la

alegría de su amada, abrazó también al padre de ésta y le dijo:

—Crane cree que ha matado á usted en lucha.... Permanezca, pues, aquí hasta nuestro regreso.

—Si, papá. Volveremos á buscarte tan pronto como nos desembarque la policia en el puerto.

—¡Marchad, hijos míos! Yo os aguardaré. Que la flor de amor arome eternamente vuestra vida.

*
**

En los registros policiacos, el nombre de Tomás Bevan fué anulado, dándosele por muerto.

FIN

(Prohibida la reproducción sin mencionar procedencia)

Imprenta E. VERDAGUER MORERA

Topete, 2 al 16 — Tarrasa

NÚMEROS PUBLICADOS

N.º	NOVELA	Postal-fotografía
1	No hay juegos con el amor	Douglas Fairbanks (II edic.)
2	El Valle Florido	Mary Pickford
3	Amor de madre	Charles Chaplin
4	La Virgen de las Rosas	Pearl White (Perla Blanca)
5	La culpa ajena	Antonio Moreno
6	De hombre a hombre	Priscilla Dean
7	Una mujer	Eddie Polo
8	Pesadillas y supersticiones	Mary-Douglas (extraordin.)
9	Desinterés	Francesca Bertini
10	El Hábito	Harold Lloyd
11	Jimmy Sanson, El Aventurero	Constance Talmadge
12	La primera novia	Frank Mayo
13	El Pequeño Lord Fauntleroy (1)	Marie Prevost
14	El Pequeño Lord Fauntleroy (2)	Ben Turpin
15	La Tormenta	Pina Menichelli
16	Flor de Amor	Livio Pavanelli

Próximo Número:

La grandiosa novela-film

LA PANTERA NEGRA

POSTAL-FOTOGRAFIA:

NORMA TALMADGE

Precio 25 Cts.

No dejen de adquirirla.

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(pago anticipado)

BARCELONA Y PROVINCIAS

Año 12 ptas.

Semestre 7 »

EXTRANJERO

Año 18 ptas.

Semestre 10 »

PORTUGAL, AMÉRICA Y FILIPINAS

Año 14 ptas.

Semestre 8 »

Los señores suscriptores de provincias pueden efectuar los pagos por medio de Giro Postal.